

GIL CANTERO, F. y REYERO GARCÍA, D. (eds.) (2015) *Educación en la universidad de hoy. Propuestas para la renovación de la vida universitaria*. Madrid, Encuentro.

¿Es realmente posible educar en la universidad? ¿Puede afirmarse que éste es el objetivo de la institución universitaria? Con este evocador enunciado titulan su nuevo libro los profesores Fernando Gil Cantero y David Reyero García, de la Universidad Complutense de Madrid, en el que se proponen motivar a la reflexión sobre el sentido de los cambios que se están produciendo en las universidades, partiendo de «una perspectiva humanista y liberal de la Universidad que favorezca una formación ética, social y profesional» (p. 8).

Se trata de un libro oportuno y atrevido, en el sentido de que dice lo que hay que decir aunque ello suponga sortear lo políticamente correcto, que se une a una tendencia emergente que reclama una revisión del terreno por el que transita la universidad actual, pero con una aportación pedagógica singular. Breve, incisivo y acertado, se estructura en dos partes y ocho capítulos donde participan doce investigadores que defienden una «pedagogía de la resistencia» frente a las modas contrarias al verdadero sentido de la universidad.

Tras un prólogo esclarecedor, la primera parte, denominada, «La enseñanza en la Universidad», comienza con un valiente y contundente ensayo de José María Barrio Maestre, ejemplo en sí mismo de que no sólo la investigación empírica promueve el avance del saber. Según argumenta, no todo

cambio es mejora y la democratización del conocimiento no puede significar una renuncia a la esencia de la universidad que no es otra que el «cultivo exigente de los saberes de alto nivel» (p. 16). Aboga por una postura situada entre el *tradicionalismo* y el *novedismo* que actualiza y conserva lo clásico, lo valioso, lo que merece la pena perder. Resultan de mucho interés sus críticas a quienes ponen mayor atención en los medios que en los fines, a la burocratización y el mercantilismo, al aislamiento de la filosofía y los saberes humanísticos, a la priorización de la gestión sobre el estudio y la docencia, y a la desvinculación de las competencias de los contenidos.

El segundo capítulo, firmado por Fernando Gil Cantero y Alberto Sánchez Rojo, aboga por el desarrollo de una pedagogía universitaria que, entre otras cosas, se base en la promoción de espacios para la discusión académica en los que profesores y estudiantes descubran el hondo sentido de la experiencia universitaria. Para ellos, el dilema entre formación humanística y técnico-profesional es erróneo en cuanto que ambos son aspectos necesarios. Un exceso de la segunda degrada en una sobrespecialización excesivamente particular y con escasa perspectiva de todas las dimensiones de la profesión, especialmente las más humanas. Mientras que un exceso de la primera olvida el sentido del servicio a la sociedad.

Los seminarios que proponen parten de la experiencia desarrollada en la Universidad Complutense, donde el que escribe estas líneas tuvo en algún momento el placer de participar,

y giran en torno a textos que provocan el pensamiento y el diálogo sobre principios universales, que posibilitan vivificar su potencial pedagógico. Un diálogo entendido como la disputa de argumentos que dan lugar a la identificación del más razonable y cercano a la realidad, y que al mismo tiempo permiten el desarrollo de un pensamiento mejor.

La propuesta que sigue para la renovación universitaria es la del Aprendizaje Servicio Solidario (ApS), descrita por Mónica Fontana Abad, Carlos Peláez Paz y Araceli del Pozo Armentia, como respuesta lógica y necesaria a la responsabilidad social de las universidades en sentido amplio. Una formación integral parece, desde esta perspectiva, inevitable y reclama superar la disyuntiva entre profesionalización y academicismo, a la que también se refería el capítulo anterior. No hay duda de la creciente atención que el ApS viene recibiendo en los últimos años en la universidad española. La formación cívica de los universitarios se ve potenciada con esta estrategia al mismo tiempo que se cuida su profesionalización mediante la práctica reflexiva en contextos reales y se promueve la transformación social, reforzando de esta manera los vínculos entre la universidad y su entorno. Tras una recopilación de las principales iniciativas nacionales e internacionales de ApS, recogen la experiencia llevada a cabo por los propios autores en tres proyectos de innovación docente desarrollados en la Universidad Complutense, donde la cuestión clave es la autonomía de los propios estudiantes en la detección de las necesidades sociales, así como la

proyección de las medidas encaminadas a afrontar estas necesidades.

El siguiente capítulo, de Juan García Gutiérrez, considera el aporte de la tecnología a la formación universitaria desde un punto de vista que entiende que la sociedad red redefine la misión de la universidad sin que ésta pierda sus notas esenciales. En primer lugar, apunta a la desmaterialización de los espacios físicos y temporales, que hibridan el contexto de aprendizaje multiplicando las posibilidades metodológicas. En segundo lugar, se refiere a la tecnología no sólo en términos de uso sino también de valor, incorporando aquellos inherentes al medio como la colaboración, la creación y la apertura, que tienen como eje rector al aprendiz. La internacionalización es la tercera característica señalada por este autor, que tiene una cara oscura definida por la entrega a la competitividad del mercado, en detrimento de la cultura, y un perfil más optimista y humanista que pone a la persona, entendida como ciudadano global, a los derechos humanos, y a la experiencia educativa universitaria en el foco de atención.

La segunda parte del libro lleva como título «La vida universitaria» y comienza con el capítulo escrito por los profesores Bianca Thoilliez Ruano y Javier M. Valle López. Según plantean, el Espacio Europeo de Investigación ha pretendido mediante diversas acciones un mayor crecimiento y coordinación de las políticas y las actividades investigadoras de los Estados miembros de la UE, lo cual ha tenido consecuencias visibles en el quehacer del profesor universitario. Una de las más notables es la presión por el incremento de la

producción científica en revistas y editoriales de prestigio que, no obstante, puede implicar resultados contrarios a los deseados cuando la cantidad va en detrimento de la calidad en lo escrito. Esto resulta especialmente complejo en las humanidades y las ciencias sociales, donde los patrones de medición difieren de los utilizados en ciencias experimentales. La producción científica se convierte así en elemento de competición entre investigadores y universidades con gran repercusión en los rankings internacionales, devolviendo de esta forma más presión sobre el profesor de universidad y constituyendo una amenaza para su identidad más esencial.

Francisco Esteban Bara parte de Oakeshott para reformular una constante en el libro, a saber, si lo prioritario de la universidad es la formación para resolver problemas, o bien la dilucidación moral de las soluciones que deben proponerse, opciones que cabe resumir respectivamente en las funciones de adaptación y de orientación. No solo señala este profesor la pertinencia de ambas tareas, sino que advierte de que el momento histórico contemporáneo prima la primera frente a la segunda. Consecuentemente, reclama reequilibrar la balanza y sitúa en la base de la orientación el cultivo de ciertas virtudes enraizadas en la vida universitaria, que darían sentido a la idea de los universitarios como el grupo de hombres y mujeres educados. Entre las más importantes, señala el esfuerzo como proceso y como resultado en sí mismo, en cuanto que el estudio por el estudio «es uno de los mejores aprendizajes que uno se puede llevar de la Universidad»

(p. 106); también la prudencia, concretamente, la intelectual, como antídoto frente a la opinión infundada y temerosa y como refuerzo de la paciencia y la responsabilidad; la autenticidad, representada en la coherencia con sus propios fines, impertérrita ante los cantos de sirena de ciertas corrientes pedagógicas yermas de contenido serio; y, por último, la elegancia, que es menos estética que ética y se opone al narcisismo tan extendido entre no pocos que transitan en la universidad actual.

Finalmente, David Reyero García y David Luque Mengíbar concluyen el libro siguiendo a Newman como referencia para cuestionarse la deriva tomada por nociones como investigación o formación, encaminadas a lo experimental, lo material y lo instrumental. Ante ello, debe reconocerse la función de la enseñanza globalizadora del docente, quien transmite algo concreto –que no puede reducirse a simple motivación– a alguien dispuesto a recibirlo. Además, la formación de hábitos intelectuales nos permite ordenar la ingente información que se nos presenta accesible con la tecnología actual, incapaz de sustituir sino de acompañar una formación seria. Muchos de los problemas detectados por el cardenal Newman en la universidad decimonónica parecen continuar en la actualidad, como la excesiva especialización que redundaría en una pérdida del sentido de conjunto, el fin propio de la universidad.

Así pues, los diferentes capítulos del libro, a pesar de estar escritos por diferentes autores, mantienen una coordinación en torno a la defensa de una tesis: la necesidad de una formación

universitaria que incluya mayores aspectos de carácter ético, lo que posibilitará corregir los excesos de la acelerada mercantilización, así como dotar de sentido a la experiencia en la universidad como un lugar privilegiado.

Juan Luis Fuentes